

Cuando la memoria se convierte en cenizas...

Memoricidio durante el siglo XX

Lic. Edgardo Civallero
Universidad Nacional de Córdoba
Córdoba - Argentina
edgardocivallero@gmail.com
www.bitacoradeunbibliotecario.blogspot.com

Parte 1. Copos de ceniza

“Nieve negra cayó sobre Sarajevo,
oscureciendo el cielo del mediodía con cenizas
del millón y medio de libros que ardían
en lo que una vez fue la Biblioteca Nacional”.

Phil Cousineau
“Memoricidio”. De *Night Train*, 2004.

Domingo, 25 de agosto de 1992. Durante toda la noche, los tiradores del líder ultranacionalista serbio Radovan Karadžić, emplazados en las colinas que circundan la ciudad de Sarajevo, apuntaron sus lanza-granadas, en forma totalmente intencionada, contra la Biblioteca Nacional y Universitaria de Bosnia y Herzegovina, que incluía, entre sus colecciones, los fondos del Archivo Nacional. El fuego que se inició incineró el edificio hasta los cimientos, y, con él, desaparecieron todos los documentos que contenía.

Se desvanecieron, convertidos en copos de ceniza, unos 700 manuscritos e incunables, más de 600 títulos de publicaciones periódicas bosnias (algunas de ellas mantenidas desde inicios del siglo XIX) y una colección única del *Bosniaca*, además de los catálogos, valiosa información que permitía saber que títulos estaban incluidos entre los fondos.

Solo un 10 % de los documentos escapó a la destrucción. Los restos ennegrecidos de todo lo demás, de un valor cultural e histórico incalculable, flotaron sobre la ciudad durante los días siguientes (Lorkovic, 1992).

Tres meses antes, el 17 de mayo, las granadas incendiarias habían sido dirigidas contra el *Orijentalni Institut* (Instituto Oriental), en la misma Sarajevo. La destrucción fue total. Se perdió una de las más grandes colecciones de manuscritos islámicos de Europa, incluyendo decenas de miles de documentos de la era de dominación Otomana y más de 5.200 manuscritos en árabe, persa, turco, hebreo y *alhamijado* (o *adzamijski*), la grafía árabe empleada para escribir la lengua bosnia.

No fueron los dos únicos casos. Más de 195 bibliotecas fueron atacadas en territorio bosnio, incluyendo los Archivos de Herzegovina, la Biblioteca del Arzobispado Católico Romano de Mostar y la del Monasterio Ortodoxo de Zitomislic (Lorkovic, 1993; 1995).

Los blancos atacados no eran militares. Eran objetivos claramente civiles, que fueron destruidos como parte de la campaña de “limpieza étnica” lanzada por el ejército serbio durante la Guerra de Yugoslavia (1992-1996). Ya desde sus inicios, la violencia de este conflicto bélico ocasionó severas pérdidas en edificios y colecciones de numerosas bibliotecas croatas en Zagreb. La guerra no implica solamente apoderarse de bienes,

personas y territorios: también necesita borrar la memoria del oponente, sus recuerdos, las razones que sustentan su identidad y lo empujan a resistir, a luchar, a vivir. En este sentido, la destrucción de bibliotecas, museos y archivos no sólo es un objetivo de guerra: es una estrategia de destrucción.

Tras el brutal ataque a la Biblioteca Nacional en Sarajevo, el médico e historiador croata Mirko D. Grmek acuñó el término *memoricidio* para definir la destrucción intencional de la memoria y el tesoro cultural del “otro”, del adversario, del (des)conocido (Blazina, 1992).

Parte 2. De memorias y recuerdos

“Sabemos que la pérdida de la memoria hipoteca el futuro. Quien no pueda aprender del pasado queda condenado a aceptar el futuro sin poder imaginarlo”.

Eduardo Galeano
Escritor uruguayo

Narraciones, documentos, archivos: la memoria es cultura compartida, arena de confrontación entre diversos puntos de vista y apreciaciones, y marco social que orienta y refuerza los recuerdos y posturas individuales, tal y como señala el italiano Paolo Montesperelli en su “Sociología de la memoria”.

Sin memoria, nada puede funcionar. En un relato clásico de Voltaire, los filósofos Descartes y Locke discuten, en acalorada controversia, acerca de la importancia de los recuerdos. Para dirimir la encendida contienda intervienen las Musas –hijas de Mnemósine, la diosa de la memoria- quienes realizan un experimento: cancelan, durante unos días, toda forma de recuerdo. La humanidad, como es de suponer, queda sumida en un impresionante caos. La gente olvida desde las nociones más elementales hasta sus inhibiciones, pero, sobre todo, pierde sus motivos para vivir y sus proyectos futuros, basados, evidentemente, en su historia y sus experiencias pasadas.

Destruir la memoria significa despojar a un individuo o a un grupo de su principal herramienta para darle sentido a su presente, pues el ser humano necesita extraer de su pasado las respuestas necesarias para comprender su actualidad y actuar en la construcción de su porvenir.

La imposición de amnesias colectivas se ha logrado, a lo largo de la historia, mediante la eliminación de los documentos escritos conservados en bibliotecas y archivos. Estas instituciones han sido, desde el amanecer de los tiempos, las principales administradoras de la memoria humana, y los profesionales que las administran, verdaderos gestores de recuerdos. Pero debe tenerse presente que este acervo invaluable –fuente de identidad, garantía de diversidad cultural- es sólo una pequeña parte de toda la información mantenida por las distintas culturas a lo largo del planeta. Lo escrito es, como señalara Sócrates, solo un pálido reflejo del principal conjunto de conocimientos del ser humano. El principal reservorio de historias y saberes es la propia mente del hombre. Y debe tenerse presente que tal acervo intangible –del cual bibliotecas y archivos se ocupan escasamente- también es atacado, borrado y destruido: presiones, aculturación, ejecuciones étnicas masivas, prohibición de lenguas e imposición de rasgos extraños, asesinatos de *libros vivientes* y referentes culturales, discriminación...

De una forma u otra, el atacante, el vencedor o el dominador busca eliminar la identidad del vencido, el minoritario o el dominado. Cuando las fuerzas del Khmer Rojo tomaron el poder en Camboya (1976-1979) asumieron una política de destrucción sistemática de toda la antigua cultura “corrupta”. Fruto de tal decisión fue la destrucción de la Biblioteca Nacional en Phnom Penh, cuyos fondos fueron esparcidos en la calle y quemados públicamente. Se estima que sólo un 20 % de las existencias escaparon a la incineración (incluyendo los famosos manuscritos de hojas de palma) y que tales sobrevivientes probablemente sufrieron severos daños posteriores debido a las malas condiciones de conservación y manejo.

Desde las destrucciones masivas de la dinastía china Qin al célebre caso de la biblioteca de Alejandría y desde los manuscritos mayas quemados por el obispo español Diego de Landa a los textos clásicos perdidos en el África subsahariana, la historia está tristemente plagada de este tipo de acciones. Podría pensarse que el siglo XX, tiempo de evolución y desarrollo, no sería testigo de tales barbaries.

Nada más lejos de la realidad.

Parte 3. Patrimonio de minorías

“El vencido no es aplastado del todo si conserva el recuerdo trágico de su lucha”

Juan Goytisolo

Escritor español. Diario *El País* (España), 14.04.2002

En la madrugada del 11 de agosto de 1998, las tropas talibanes destruyeron la biblioteca de la Fundación *Nasser Khosrow*, en Afganistán. Con sus 55.000 volúmenes, era considerada por los propios afganos como una de las colecciones más valiosas y hermosas de su nación y de su cultura. Albergaba manuscritos escritos en árabe de más de diez siglos de antigüedad, textos en inglés y en *pashtu*, y un impresionante patrimonio afgano escrito en persa. Poseía documentos únicos, como las cartas que Hassan-i-Sabah, el líder de la secta de los *fidai'iyin* (más conocidos como *hashishin*, de donde procede el término “asesino”) dirigía a sus seguidores, los sellos del primer Aga Khan o las innumerables maravillas caligráficas e iluminadas del periodo Timúrida (1370-1506). Pero quizás el tesoro máspreciado era uno de los seis ejemplares aún existentes del *Shahnama* (*Libro o Épica de los Reyes*) del poeta persa Firdusi Tusi (935-1020): éste era del siglo XII.

Cuando los *mujaidines* entraron en Kabul en 1992, la biblioteca buscó refugio en la ciudad de Pol-e-Khomri. Seis años después, en 1998, 15.000 talibanes entraron allí, ejecutaron afganos en masa y atacaron con morteros el edificio donde se alojaba la biblioteca. Como ocurriera en Sarajevo años antes, las llamas convirtieron los tesoros bibliográficos, documentales e históricos en despojos informes. Un inmenso patrimonio cultural nacional quedaba consumido como resultado de una acción del todo irracional.

Latif Pedram, el director del centro, atribuyó el ataque a una abierta campaña de aniquilamiento de la lengua y la identidad persa, una cultura secularmente perseguida desde que el Islam entró al Asia Central. Los *pashtu* –de quienes los talibanes se consideran descendientes directos- poseen una política tradicional de eliminación de todo aquello que esté vinculado a lo persa. Desde que el Islam llegó a Afganistán, esa cultura se refugió en

los libros y en la literatura, cobijando sobre el pergamino y el papel su pensamiento y su memoria.

En 1943, fue totalmente destruida la biblioteca *Mefitze Haskole*, del *ghetto* judío de Vilnius, la capital de Lituania. Conocido como “la Jerusalén de los *ghettos*” por su activa vida cultural e intelectual, su biblioteca poseía una impresionante colección, además de archivos y museo, y era el centro de reunión de toda la comunidad. Entre 1941 y 1943, toda la población del *ghetto* fue exterminada, bien a través de las *Aktion* de las *SS*, bien a través de masivas deportaciones a campos de concentración. Todos los documentos y materiales de la biblioteca corrieron la misma suerte que sus usuarios.

El 14 de abril de 2002, el ejército israelí, en una operación “antiterrorista”, dinamitó parte del Centro Cultural *Khalil Sakatini*, en Ramallah (Palestina). El Centro era la sede de una magnífica biblioteca y de la editorial de la revista *Al-Karmel*, una de las más abiertas y prestigiosas del mundo árabe. Su director, el poeta palestino Mahmud Darwish (cuya casa fue saqueada durante la misma operación) editó la revista en Líbano hasta el asedio de Beirut; luego se trasladó a Chipre, y, finalmente, en busca de un poco de paz en su propia tierra, se radicó en Ramallah tras los Acuerdos de Oslo (1993). Esta destrucción obedece a una campaña de borrado sistemático de órganos e instrumentos culturales de los pueblos minoritarios o no dominantes. Un caso similar ocurrió en el norte de Sri Lanka, cuna de la minoritaria, riquísima y combativa cultura tamil. El 5 de mayo de 1989, entre 100 y 200 policías de la mayoría oficial cingalesa entraron en el área comercial de la ciudad de Jaffna y quemaron la Biblioteca Pública. Con 95.000 libros, era la segunda mayor colección de Asia, y contaba con manuscritos invaluable para los tamiles, entre ellos antiguos volúmenes escritos sobre hojas de palma.

Pero volviendo a Ramallah, otras bibliotecas fueron destruidas durante 2002: las emplazadas en los Centros Culturales de Grecia y Francia; en el Instituto de Salud, Desarrollo, Información y Política; en el Centro de Desarrollo Ma’an; en la Unión de Comités Palestinos de Cuidados Médicos; en la Municipalidad de Al-Bireh; en la Oficina de Estadísticas; y en los Ministerios de Agricultura, Asuntos Civiles, Cultura, Economía y Comercio, Educación, Finanzas, Salud, Industria, y Transporte... (Twiss, 2003). De esta forma, las mayorías intentan imponerse a las minorías, doblegar su orgullo, eliminar sus recuerdos, dominar su realidad y su memoria. Los atacantes intentan quebrar la voluntad de los atacados, borrar sus razones para subsistir y defenderse. Los vencedores buscan quitar el futuro de los vencidos, obligarlos a resignarse, a perder su identidad, a ser asimilados...

Y a veces, la respuesta de tales pueblos –vengativa, violenta, irracional- no se hace esperar, y asume la misma forma. El 5 de abril de 2004, la biblioteca de la *United Talmud Torahs Elementary School*, institución judía situada en el suburbio de St. Laurent, en Montreal, Canadá, fue destruida con una bomba incendiaria. Un mensaje pegado al frente del edificio vinculaba el ataque con el asesinato del radical musulmán Ahmed Yassin (marzo de 2004) por militares israelíes en Gaza. De los 10.000 volúmenes solamente se salvaron 25 libros.

Parte 4. Pérdidas y recuperaciones

“Toda persona tiene derecho a tomar parte libremente en la vida cultural de la comunidad, a gozar de las artes y a participar en el progreso científico y en los beneficios que de él resulten.”

Declaración Universal de los Derechos Humanos. Art. 27.1

Entre el 10 y el 14 de abril de 2003, y ante la mirada indiferente de las fuerzas occidentales de ocupación (principalmente estadounidenses), fueron saqueados el Museo Arqueológico y la Biblioteca Nacional de Irak, en Bagdad. Ésta última, junto con los Archivos Nacionales y la Biblioteca Coránica, fue incendiada hasta quedar reducidas a una parva de desechos humeantes. Las instituciones fueron meticulosamente despojadas por ladrones profesionales antes de ser incineradas, intencionalmente, con granadas de fósforo blanco. El periodista británico Robert Fisk previno el incidente (sin mayor preocupación por parte de las autoridades invasoras) y presenció la gran hoguera, dando cuenta de ello en un conmovedor artículo publicado en "The Independent"¹.

La Biblioteca Nacional albergaba tesoros árabes tales como los originales de Averroes (1126-1198) y del matemático y astrónomo persa Omar Khayyam (1048-1131), las primeras traducciones al árabe de los trabajos de Aristóteles y los testimonios de la vida iraquí bajo el dominio Otomano. Conservaba poemas sufíes, literatura y mapas persas y centenares de novelas. Se quemaron un millón de libros, además de las milenarias tabletas de arcilla robadas del Museo, los millones de documentos perdidos en el archivo, los 700 manuscritos destruidos y los 1.500 desaparecidos.

No fue fanatismo religioso. Los mayores expertos internacionales en cultura islámica se apresuraron a señalar que la identidad nacional y la tradición de los pueblos árabes están por encima de sus creencias. Además, si un motivo religioso hubiera empujada a tamaña debacle... ¿por qué atacar la Biblioteca Coránica?

¿Quebrar la moral iraquí destruyendo los más altos símbolos de su identidad secular? Nadie lo sabe. Pero muchos rescataron un detalle importante: los archivos del Ministerio del Petróleo, en Bagdad, no recibieron una sola mancha, custodiados como estaban por los guardias militares occidentales.

Es preciso recordar que trece años antes, durante la invasión de las tropas iraquíes a Kuwait, todas las bibliotecas y los centros informáticos de ese país fueron destruidos y quemados, o, como en el caso del Centro Nacional de Información Científica y Técnica, directamente trasladados a Bagdad (Salem, 1991).

Sin embargo, no todo se perdió.

Entre un 30 % y un 35 % de las colecciones de la Biblioteca Nacional de Irak se salvaron. Las causas fueron diversas: el azar (algunas colecciones estaban, circunstancialmente, en otros edificios, como los 250.000 volúmenes situados en la Mezquita de Al-Hak); la codicia (Saddam Hussein se apropió de miles de manuscritos para su colección privada); o la generosidad (previendo el saqueo, ya sufrido en 1991, decenas de particulares pusieron a buen recaudo los mayores tesoros bibliográficos).

En Europa sucedió algo similar. Desde que abrió sus puertas al público en 1950, el Instituto Oriental de Sarajevo había facilitado el uso de sus colecciones en forma totalmente solidaria y abierta. Investigadores, centros de documentación y unidades de información de todo el mundo tuvieron acceso e intercambiaron esos materiales, de forma que una gran parte de los fondos fueron fotocopiados o microfilmados y mantenidos en centros extranjeros. Ahora, usando el sistema empleado por las bibliotecas del norte de Italia tras la II Guerra Mundial, los bibliotecarios bosnios comenzaron a buscar las copias². Las

¹ The Independent. 15.04.2003.

² Bosnian Manuscript Ingathering Project (<<http://www.kakarigi.net/manu/ingather.htm>>).

respuestas no se hicieron esperar: las Bibliotecas Nacionales de Macedonia y Eslovenia dieron el primer paso, y luego, desde las Universidades de Harvard, La Haya y Michigan, y desde la ONG española “Paz Ahora”, se comenzó a facilitar más material para ayudar a la recuperación del patrimonio perdido.

No es la primera vez que la cooperación internacional ayuda a la recuperación de edificios y fondos documentales destruidos. Tibet rescató gran parte de su patrimonio cultural gracias a un programa de la Biblioteca del Congreso de los Estados Unidos.

Durante la Revolución Cultural organizada por Mao Zedong a partir de 1966, se eliminaron en China las publicaciones “reaccionarias, obscenas y absurdas”. Los libros políticamente “incorrectos” fueron sacados de las bibliotecas y quemados en actos públicos. La mayoría de las bibliotecas permanecieron cerradas en algún momento del periodo 1966-1970. Otras fueron definitivamente clausuradas y quemadas. Las más afortunadas sólo sufrieron un minucioso proceso de selección, que dejó en sus estantes únicamente las obras de Marx, Lenin y el propio Mao. Se desconoce la cuantía de esta destrucción, pero es seguro que el patrimonio cultural chino fue severamente dañado.

Desde la invasión china a Tibet (1950), los Guardias Rojos actuaron con auténtico ensañamiento a lo largo y ancho de aquel territorio, destruyendo, hasta 1966, monasterios, pinturas y manuscritos históricos y religiosos. La minoritaria y milenaria cultura tibetana sufrió un tremendo embate, pues un enorme porcentaje de su patrimonio cultural fue quemado en actos públicos (Neterowicz, 1989). Pero el verdadero ataque ocurrió con la campaña contra las *Si Jiū*, las “Cuatro Antiguas” (Cultura, Costumbres, Hábitos e Ideas), que comenzó en 1967 en todo el territorio chino y destruyó todo rasgo cultural visto como tradicional y antiguo (grabados en roca, arte, libros, arquitectura aristocrática, etc.) y por ende, contrario al nuevo régimen comunista (Ting, 1983). Afortunadamente, muchos de los más valiosos textos fueron sacados del territorio antes de la invasión, en manos de aquellos que siguieron al Dalai-Lama a su exilio en la India. Considerando que las escrituras budistas (llamadas *Cho* en tibetano y *Dharma* en sánscrito) son la base más importante de tal religión, es comprensible que, durante tal “éxodo”, se movieran bibliotecas enteras. El apoyo de la Biblioteca del Congreso permitió que, durante las décadas de los 60’s y los 70’s, la mayor parte de esos textos fueran re-impresos.

Pero quizás el caso de cooperación internacional más famoso haya sido el de la Biblioteca de Lovaina.

En el verano de 1914, en los primeros días de la I Guerra Mundial, el ejército alemán invadió al territorio de Bélgica, mantenido neutral. Leuven (Lovaina), localidad flamenca, sede de una de las más antiguas universidades europeas, se declaró ciudad abierta, y, al no presentar resistencia, fue ocupada sin incidentes. Una semana más tarde, el 25 de agosto (exactamente 78 años antes de la destrucción de la Biblioteca Nacional de Sarajevo), varios soldados alemanes fueron asesinados. En represalia, más de 200 ciudadanos belgas fueron sumariamente ejecutados y la biblioteca de la *Katholieke Universiteit* (Universidad Católica) fue rociada con líquidos inflamables y condenada a las llamas, que ardieron por días. Las pérdidas incluyeron más de 230.000 libros, la famosa colección de 900 manuscritos y más de 800 incunables impresos antes del año 1500.

El acto produjo indignación y rechazo a nivel mundial. Inmediatamente comenzó la organización de un fondo internacional (*Lovaina Book Fund*, 1915) que permitiera la restauración de la biblioteca y de sus colecciones. Los trabajos de reconstrucción comenzaron tras el fin de la contienda. Como una cláusula del Tratado de Versalles. Alemania fue obligada a pagar diez millones de francos, destinados a adquirir libros, y las

mayores bibliotecas alemanas fueron forzadas a aportar duplicados de sus más valiosos tesoros en pago por los daños infligidos a la Universidad flamenca.

En mayo de 1940, y esta vez en el marco de la II Gran Contienda, los alemanes invadieron Bélgica nuevamente. Y nuevamente –aunque no tan abiertamente- volvieron a repetir el acto de vandalismo contra la restaurada biblioteca de Leuven. Ardieron 900.000 volúmenes, 800 manuscritos, todos los incunables y alrededor de 200 grabados de maestros antiguos (Vanderheijden, 1946).

Como ocurriese 25 años antes, la institución fue nuevamente reconstruida gracias al apoyo y la colaboración internacional.

Parte 5. El fantasma de la guerra: números para el horror

“Una vez que han quemado libros, terminarán quemando seres humanos”.

Heinrich Heine
De *Almanson* (1821).

El ejemplo belga fue sólo uno más de todos los ocurridos en el transcurso de los dos conflictos bélicos de mayor envergadura –y más alto costo- de la historia humana: las Guerras Mundiales. Si bien el escenario de los combates se extendió, de una forma u otra, a todos los continentes, las acciones se concentraron en el territorio europeo. Sea por ataques intencionales contra repositorios bibliográficos, sea como consecuencia de bombardeos, los daños ocasionados a bibliotecas, archivos y fondos bibliográficos fueron altamente significativos.

Quizás fue la Segunda Guerra (1939-1945) la que ocasionó mayores daños al patrimonio cultural humano.

Los ataques aéreos aliados y alemanes provocaron la pérdida de 20 bibliotecas municipales y muchas públicas en territorio italiano. Desaparecieron más de dos millones de textos impresos y 39.000 manuscritos. La destrucción incluyó a las Bibliotecas *Pubblica* y *Nazionale* de Torino (diciembre de 1942) y a la *Palatina* de Parma (Näther, 1990).

En Francia, los bombardeos alemanes destruyeron 42.000 volúmenes en Beauvais (junio de 1940), 23.000 manuscritos en Chartres, 110.000 textos en la *Bibliothèque Municipale* de Douai, toda la biblioteca de la *Société de Géographie Commerciale* en Le Havre, la colección de manuscritos de Metz (1944) y la *Bibliothèque Nationale et Universitaire* de Estrasburgo (300.000 volúmenes) en septiembre de 1944 (Kühlmann, 1992).

En el Reino Unido, las bombas germanas (1940-1941) alcanzaron bibliotecas como la Pública de Coventry (100.000 volúmenes) y otras en Bristol, Liverpool y Londres (Kelly, 1977). En Rusia, los daños en bibliotecas públicas ascendieron a los 100 millones de libros.

En Belgrado, los proyectiles alemanes alcanzaron la Biblioteca Nacional de Serbia (abril de 1941); en el incendio provocado desaparecieron 1.300 manuscritos escritos en alfabeto cirílico (siglos XII-XVIII), así como manuscritos de escritores serbios, incunables, obras antiguas y libros impresos entre 1832 y 1941.

Las bombas aliadas provocan la destrucción de innumerables bibliotecas y colecciones en Japón, especialmente en Tokio, entre 1944 y 1945 (Borsa, 1984).

Las bibliotecas alemanas sufren terribles pérdidas durante los ataques a su territorio por parte de las fuerzas rusas y aliadas. Millones de libros se perdieron, aunque muchas de las

obras más valiosas se salvaron por estar almacenadas en el extranjero. Un tercio de las existencias germanas fueron eliminadas.

En Berlín, la *Staatsbibliothek* perdió dos millones de libros, y la Biblioteca Universitaria, 20.000 volúmenes. Sufrieron grandes daños la *Stadtsbibliothek*, la biblioteca del *Reichstag* (destruida hasta los cimientos), la *Deutsche Heeresbücherei* (Biblioteca del Ejército Alemán) y muchas otras colecciones especializadas. En Bonn, la Biblioteca Universitaria perdió un 25 % de su colección.

La *Staatsbibliothek* de Bremen perdió 150.000 libros, incluyendo trabajos raros y preciosos, tomos con grabados antiguos, 2.000 separatas y colecciones completas de publicaciones periódicas. En septiembre de 1944, la *Hessische Landesbibliothek* de Darmstadt fue destruida durante un bombardeo, perdiendo 760.000 ejemplares (entre los que se contaban 2.217 incunables y 4.500 manuscritos). Las pérdidas de la *Stadt- und Landesbibliothek* de Dortmund ascendieron a un cuarto de millón de volúmenes, incluyendo patentes y una histórica colección de mapas.

En Dresden, la *Sächsische Landesbibliothek* fue destruida por bombas entre febrero y marzo de 1945. Desaparecieron 300.000 tomos. La *Stadtsbibliothek* de esa ciudad perdió su colección de referencia y 200.000 libros, y la biblioteca de la *Verein für Erdkunde* (Sociedad Geográfica), unos 12.000. La *Stadt- und Universitätsbibliothek* perdió 550.000 volúmenes, 440.000 tesis doctorales y 750.000 patentes. En Hamburg, la *Staat- und Universitätsbibliothek* fue quemada por bombardeos en 1943 y 1944, perdiéndose más de 600.000 obras, la colección de referencia y los catálogos. En las mismas fechas, la *Stadtsbibliothek* de Hannover perdió 125.000 libros. Bibliotecas en Karlsruhe, Kassel, Glessen, Graifswald y Essen sufrieron, asimismo, tremendas pérdidas.

La *Stadtbibliothek* de Nuremberg perdió alrededor de 100.000 volúmenes y parte de sus catálogos en enero de 1945. La *Bayerische Staatsbibliothek* de Munich fue alcanzada en cuatro ocasiones por bombardeos entre 1943 y 1945, perdiendo medio millón de volúmenes (incluyendo tesis doctorales y parte de la colección *Bavarica*). En la misma ciudad, la biblioteca de la Universidad perdió un tercio de sus colecciones (alrededor de 350.000 volúmenes), la *Stadtbibliothek*, unos 385.000, y la Biblioteca Benedictina, 120.000. La biblioteca de la Universidad de Münster fue alcanzada en varios bombardeos desde octubre de 1943, perdiendo 360.000 documentos (casi dos tercios de sus fondos). La *Württembergische Landesbibliothek* de Stuttgart perdió 580.000 volúmenes en un bombardeo, durante septiembre de 1944. Allí mismo, la Academia de Música fue totalmente destruida, y la Biblioteca de la Universidad Técnica perdió 50.000 de sus 118.000 libros. La colección de 270.000 manuscritos e incunables de la *Thüringische Landesbücherei* de Gotha fue confiscada y movida a la ex-URSS por los rusos en 1946.

Durante el sitio de Budapest (1944-1945), todas las pequeñas bibliotecas y buena parte de las grandes fueron dañadas. Las del Parlamento y la Academia de Ciencias fueron tocadas, y la del Instituto Politécnico, totalmente destruida (Réthi, 1967; Kiss, 1972). En Rumania ocurrió algo similar durante el mismo periodo: 300.000 volúmenes desaparecieron en bibliotecas públicas. La biblioteca del Instituto Politécnico de Jassy perdió 15.000 libros y 4.000 volúmenes de publicaciones periódicas.

Los incendios intencionales fueron frecuentes. La biblioteca de la *Università di Napoli* fue quemada por los alemanes en 1943, perdiéndose 200.000 ejemplares. El mismo ejército incendió la *Bibliothèque de l'Assemblée Nationale* de París un año después (destruyendo 40.000 documentos) y la provincial de Zeeland (Holanda) en 1940, eliminando 160.000 textos antiguos. La política de “germanización” del ejército alemán motivó la confiscación

y el envío a Alemania de millares de volúmenes tomados en los territorios ocupados. Las bibliotecas fueron forzadas a reemplazar tales fondos por obras alemanas, Tal fue el caso del territorio francés de Alsace-Lorraine (1940-1943). Tras la liberación, las tropas de las resistencias nacionalistas destruyeron las colecciones germanas.

Las políticas “germanizantes” fueron duras incluso dentro de la propia Alemania, en especial con los textos referidos al pueblo judío. Tras la subida del Partido Nacional-Socialista (Nazi) al poder, se prepararon listas negras de autores prohibidos para las bibliotecas públicas alemanas (las cuales comprendían el 10 % de los títulos incluidos en sus colecciones). Esto fue el inicio del proceso que desembocó en las tristemente famosas “quemadas de libros”, entre las cuales destacó la del 10 de mayo de 1933. Una lista más extensa (alrededor de 5.500 títulos) fue preparada en 1935 (Jütte, 1987).

El trato dado a los judíos polacos fue claramente más duro. Las fuerzas de ocupación alemana crearon los *Brenn-Kommandos* o “Escuadrones de Quema” (1939-1945), destinados a destruir sinagogas y libros judíos. Merced a la labor de estos comandos, la Gran Biblioteca Talmúdica del Seminario Teológico Judío en Lublin fue pasto de las llamas. Los restos de esa biblioteca (alrededor de 24.000 libros) fueron, más tarde, enviados a Alemania junto con cientos de miles de otras obras hebreas tomadas de colecciones públicas y privadas. Gran parte de estos fondos fueron destruidos durante los bombardeos aliados sobre Berlín. De los libros que quedaron, la mayoría fueron quemados en actos públicos, o convertidos en pulpa de papel (Borin, 1993).

Después de la Conferencia de Munich, en 1938, la ex-Checoslovaquia perdió una gran porción de su territorio: los Sudetes, que pasaron a territorio alemán como *Sudetenland*. Muy pronto, todos los libros checos –sobre geografía, biografía, historia y autores nacionales- fueron confiscados de las bibliotecas de esta región. Muchos fueron quemados, y las colecciones, destruidas o llevadas a Alemania. Luego de que las fuerzas germanas ocuparan el resto del país, la Biblioteca Nacional y Universitaria de Praga perdió 25.000 tomos, la mayoría libros de arte. Las colecciones de la biblioteca de la Facultad de Ciencias Naturales fueron totalmente dispersadas y destruidas, incluyendo el catálogo. Muchas otras bibliotecas sufrieron pérdidas severas, entre ellas la famosa Biblia *Slavata*, siete códices de la antigua librería de Jan Hodejovsky y muchas otras obras. Se calcula que la pérdida total, incluyendo incunables y manuscritos, ascendió a dos millones de documentos (Zivny, 1946).

En Polonia (1939-1945) ocurrió otro tanto. Tras la invasión, las fuerzas germanas acometieron una violenta política de destrucción de bibliotecas, archivos y museos polacos. En Poznan, la Biblioteca Raczynski y la de la Sociedad de Ciencias fueron destruidas, y la biblioteca de la Catedral, con su colección única de incunables, fue quemada. En octubre de 1944, la Biblioteca Nacional de Varsovia fue completamente destruida, perdiendo 700.000 documentos (casi todos los manuscritos y trabajos impresos antiguos, las colecciones de mapas y las de música). La Biblioteca Militar Central (con 350.000 libros sobre la historia de Polonia) fue quemada; esta colección incluía las Bibliotecas Rapperswill (60.000 tomos sobre los emigrantes polacos del siglo XIX) y Krasinski, que -irónicamente- habían sido depositadas allí para su salvaguarda. En la víspera de la evacuación alemana del territorio polaco (enero de 1945), los fondos principales de la Biblioteca Pública de Varsovia fueron incinerados. Muchos otros libros fueron trasladados a Alemania, y fueron sólo parcialmente recuperados tras el fin de las hostilidades. Se estima que 15 de 22.5 millones de libros fueron perdidos (Bilinska, 1946; Biblioteka, 1958; National Library of Warsaw, 1974).

Las fuerzas de ocupación rusas desarrollaron campañas similares de borrado de identidades nacionales. Desde 1940, se publicaron listas de libros prohibidos en los estados bálticos, entonces bajo dominio ruso. Los textos de historia, política y autores nacionales, y especialmente los escritos en las lenguas locales (lituano, letón y estonio) fueron prohibidos, retirados de bibliotecas y librerías y públicamente quemados (Misiunas & Taagepera, 1983).

Durante la Guerra Sino-Japonesa (1937-1947), el territorio chino sufrió la destrucción de muchísimos reservorios de información valiosos (Pelissier, 1971). La biblioteca de la Universidad de Tsing Hua, en Beijing, perdió más de 200.000 volúmenes, además de su catálogo; la de la Universidad de Nan-kai, en T'ien-Chin fue totalmente destruida en julio de 1937, desapareciendo más de 224.000 tomos. Las unidades de las Universidades de Ta Hsia y de Kuang Hua, ambas en Shangai, quedaron totalmente incineradas por las bombas niponas; similar suerte corrieron las del Colegio Médico y de Agricultura de He-Pei (en Fao-Ling) y la biblioteca Universitaria de Hu-nan.

Después de 1939, el 10 % de las colecciones de la Universidad de Nanking y su catálogo fueron trasladados a Japón. El mismo destino habrían tenido todos los fondos de la *Royal Asiatic Society* y de la Universidad de Shangai; en el último caso, el 27 % de las colecciones occidentales y el 40 % de las chinas desaparecieron.

Parte 6. Poder de destrucción, poder de salvación

“(…) El daño a la memoria resulta peor que la destrucción física, ya que el hombre, con estos monumentos culturales, trata de canjear su mortalidad segura por una representación de inmortalidad”.

Carmen Verlichak

Directora del Centro de Estudios Danubianos. Diario *La Nación* (Argentina), 12.11.2003

La destrucción de la memoria no siempre se enmarca en acciones de fuerzas mayoritarias o en conflictos bélicos. En muchas ocasiones, se trata de simples actos de odio. En enero de 1984, militantes extremistas de izquierda destruyeron la Biblioteca de la *Nederlands-Zuidafrikaanse Vereniging* (Sociedad Holanda-Sudáfrica) de Amsterdam, lanzando los libros a los canales. En abril de 1986, un incendio criminal destruyó la tercera biblioteca pública de los Estados Unidos, la *Central Library* de Los Angeles. Alrededor de 400.000 volúmenes fueron reducidos a tizones; el agua usada para sofocar el fuego dañó otros 700.000 y el resto quedó tocado por el humo. Entre las pérdidas, figuraron la mayor y más antigua colección de folletos del Oeste estadounidense, y una de las más importantes colecciones norteamericanas de libros de cocina.

La bibliotecaria estadounidense Sylvia Bugbee señala, en un mensaje a una lista de distribución de correo profesional³, que la destrucción de la memoria de un pueblo es, sin

³ “Asesinar gente es el mayor crimen, por supuesto. Pero matar la memoria de un pueblo, preservada en sus registros, es el segundo peor crimen, una forma de genocidio. Como gestores de memoria, tenemos la obligación de hablar en contra de su destrucción”.
<<http://listserv.muohio.edu/scripts/wa.exe?A2=ind9904d&L=archives&T=0&P=4469>>.

lugar a dudas, una forma de genocidio. Los actos de Sarajevo no fueron sino uno más de una inhumana e irracional cadena de acciones llevadas a cabo, incluso hoy, por facciones mayoritarias en todo el mundo (tutsis contra hutus en Rwanda, sudaneses musulmanes contra no-musulmanes en Darfur, guerras clánicas en Somalia, etnias contra etnias en los antiguos dominios rusos del Cáucaso y Asia Central... y un dolorosamente largo “etcétera”). Sin embargo, el hecho puntual acaecido en la ex-Yugoslavia provocó tal horror que la UNESCO adoptó, en 1993, su Resolución 4.8⁴, basada en las ideas expresadas en la Resolución 837⁵ de las Naciones Unidas (25 de mayo de 1993). El texto de la UNESCO “expresa grave preocupación por la ... destrucción del patrimonio cultural, histórico y religioso de la República de Bosnia-Herzegovina (incluyendo mezquitas, iglesias y sinagogas, escuelas y bibliotecas, archivos y edificios culturales y educativos) bajo la detestable política de ‘limpieza étnica’”.

En 2003, y después de la destrucción de los Budas de Bamiyán por parte de los talibanes en Afganistán, UNESCO reiteró su recomendación con la “Declaración relativa a la destrucción intencional del patrimonio cultural”.

El genio humano –luces y sombras de un espíritu fluctuante- es capaz de producir las obras más excelsas y las acciones más degradantes. Es tan capaz de crear como de destruir. El memoricidio no es sino un ejemplo perfecto del último elemento. Pero de las sombras y la oscuridad pueden crearse luces y nuevas esperanzas. Las crisis y las caídas, las grandes derrotas y las situaciones más miserables pueden generar –a pesar de todo- las más grandes oportunidades. La destrucción –intencional o no- del patrimonio documental de una nación demuestra claramente la fragilidad de los materiales elegidos para la conservación de la memoria humana a lo largo del tiempo, y la inestabilidad de elementos de tanta importancia para la identidad de los pueblos. La historia de cualquier sociedad, sus mejores productos intelectuales, sus glorias y fracasos, sus héroes y villanos, sus mayores descubrimientos, todo ello es actualmente conservado en los estantes de bibliotecas y archivos. El poder de este patrimonio cultural sobrepasa todo nivel imaginado. Es el tesoro más valioso que posee la humanidad: incluye sus recuerdos, sus deseos y las soluciones para aquellos problemas presentados en el camino a lo largo de los siglos.

Todo ese poder, todas esas valiosas experiencias, se encuentran en la actualidad en las manos de los bibliotecarios.

La bibliotecología no puede seguir considerándose una profesión meramente técnica o conservadora. Los bibliotecarios son *gestores de la memoria*; su rol activo en tiempos de guerra, violencia o conflictos es estratégico y fundamental para la preservación a futuro del patrimonio cultural de los pueblos. La supervivencia de las identidades depende de las decisiones y acciones -comprometidas, no neutrales- de los profesionales de la información: ellos poseen las claves que permitirán a los niños y jóvenes de generaciones venideras conocer sus raíces, su pasado, el lugar del que provienen y los sueños que deben guiar sus pasos.

⁴ “La situación del patrimonio cultural y arquitectónico y de las instituciones educativas y culturales de Bosnia y Herzegovina (La Biblioteca Nacional y Universitaria de Sarajevo)” 13.11.1993. Conferencia General, 27ª Sesión. <unesdoc.unesco.org/images/0009/000956/095621S.pdf>.

⁵ It sets up the International Tribunal of War Crimes, empowered “to prosecute persons violating the laws or customs of war” including but not limited to “seizure of, destruction of or wilful damage done to institutions dedicated to religion, charity and education, the arts and sciences, historic monuments and works of art and science” (art. 3, para. (d) of the annex to the Secretary-General’s report S/25704).

No puede esperarse de los bibliotecarios que enfrenten en forma directa la violencia, los bombardeos, las injusticias y las ejecuciones sumarias que caracterizan a los conflictos bélicos. Tampoco que arriesguen sus vidas o su seguridad personal para defender y proteger el acervo que gestionan. Pedir tal cosa sería completamente irreal. Sin embargo, conscientes de su rol en la conservación de la memoria de su comunidad, deberían tomar acciones preventivas e implementar nuevas políticas para asegurar sus colecciones en caso de desastre y evitar las posibles pérdidas. La responsabilidad adquirida al asumir un poder es equiparable al poder mismo. Un gran poder –el asociado a la información- incluye una gran responsabilidad: la de proteger el conocimiento para asegurar a todos la posibilidad de su uso presente y futuro.

Quizás una de las medidas conducentes a salvaguardar cualquier patrimonio de pérdida o daño es su reproducción en copias seguras y su amplia difusión. Al permitir que los mayores tesoros bibliográficos se difundan, copiando la información sobre diferentes soportes, duplicándola y asegurando su acceso libre y abierto, los bibliotecarios estarían garantizando que su comunidad continuará siendo la propietaria de su memoria. De esta forma, la violencia quizás pueda destrozar una obra maestra o un documento histórico, pero tal violencia no podrá matar las ideas ni destruir el conocimiento contenido en esos textos, como lo ha hecho hasta ahora. La comunidad, el propio pueblo, poseerá su memoria para siempre.

Para lograr este objetivo, los bibliotecarios deben deshacerse de la idea de que la biblioteca es un museo, un lugar cerrado de estantes ordenados y muros protegiendo celosamente unos libros de todo contacto exterior. La biblioteca debe mantenerse viva y debe tener la oportunidad de respirar como un ser vivo, de crecer y de expandirse. Los bibliotecarios deben (re)producir el conocimiento y difundirlo, deben ayudar a sus usuarios a tomar conciencia del alto valor de la información que manejan, comparten y disfrutan, enseñándoles a ser responsables de su propia cultura y su propia historia, y a protegerla. A través del cambio de las mentalidades y políticas de las bibliotecas y de las actitudes de los bibliotecarios, de la liberación de los repositorios de sus cadenas y de su inserción en el seno de la comunidad, el conocimiento acumulado por siglos pertenecerá a todos.

Solo entonces tendremos la seguridad de que no habrá forma ninguna de eliminar nuestro patrimonio cultural, ni siquiera haciendo uso de los más terribles actos de violencia.

Bibliografía citada

- American Library Association, 1993. Resolution on the Destruction of Libraries in Croatia, and Bosnia-Herzegovina passed by the ALA Council, January 26, 1993 at the 1993 Midwinter Meeting, Denver, Colorado. En *International Leads*, 7(2), p.2.
- Aparac-Gazivoda, T. and Katalenac, D. (eds), 1993. Wounded Libraries in Croatia. Zagreb: Croatian Library Association.
- Biblioteka Narodowa w Latach 1945-1956, 1958. Warsaw: n.d.
- Bilinska, H., 1946. En *Library Journal*, 71, pp.1022-1023, 1034.
- Blazina, V., 1996. Mémoricide ou la purification culturelle: la guerre contre les bibliothèques de Croatie et de Bosnie-Herzégovine. En *Documentation et bibliothèques*, 42, pp.149-164 [En línea]. Disponible en: <http://www.kakarigi.net/manu/blazina.htm> [Consulta: 27 Mayo 2007].
- Blazina, Z., 1992-3. Professor M.D. Grmek visit to Canadian Universities and to AMCA Québec. En *Gaudeamus* (Toronto), n°. 7-8, p.11.

- Borin, J., 1993. En *Libraries and Culture*, 28, pp.445-460.
- Borsa, I., 1984. Archives in Japan. En *Journal of the Society of Archivists*, 7, pp.287-294.
- Buturovic, A., Riedlmayer, A. and Schick. I.C., 1995. Fighting the Destruction of Memory: A Call for an Ingathering of Bosnian Manuscripts [En línea]. Disponible en: <http://www.applicom.com/manu/ingather.htm> [Consulta: 27 Mayo 2007].
- Encyclopedia of Library and Information Science. New York, 1968-1994, Vol. 2, p.310.
- Fighting the destruction of memory [En línea]. Disponible en: <http://www.applicom.com/manu/ingather.htm> [Consulta: 27 Mayo 2007].
- International Federation of Library Associations, 1994. General Resolution on the Destruction of Libraries in Croatia, and Bosnia-Herzegovina passed by the IFLA Council, August 27, 1993 at the 59th IFLA Council and General Conference Held in Barcelona. En *IFLA Annual 1993. Proceedings of the 59th Council and General Conference, Barcelona, 1993*. N.d.: Saur, pp.83-84
- Jütte, W., 1987. Volksbibliothek im Nazionalsozialismus. En *Buch und Bibliothek*, 39, pp.345-348.
- Kelly, T., 1977. History of public libraries in Great Britain (1845-1975). London: n.d.
- Kiss, J., 1972. Die ungarischen Bibliotheken. Budapest: s.d.
- Kühlmann, M., 1992. Histoire des bibliothèques françaises. Paris: s.d.
- Lorkovic, T., 1992. National Library in Sarajevo destroyed. Collections, archives go up in flames. En *American Libraries*, 23(9), pp.736-816.
- Lorkovic, T., 1993. Destruction of Libraries in Croatia and Bosnia-Herzegovina. En *International Leads*, 7(2), pp.1-2.
- Lorkovic, T., 1995. Wounded Libraries in Croatia. Book Review. En *Libraries and Culture*, 30(spring), pp.205-206.
- Memory of the World, 1996. Lost memory – Libraries and archives destroyed in the Twentieth century. Paris: UNESCO.
- Misiunas, R.J. and Taagepera, R., 1983. The Baltic States: years of dependence (1940-1980). London: n.d.
- Näther, G., 1990. Bibliothekswesen in Italien. München: n.d.
- Neterowicz, E.M., 1989. The tragedy of Tibet. Washington: n.d.
- Pelissier, R., 1971. Les bibliothèques en Chine pendant la première moitié du XXe siècle. Paris, n.d.
- Réthi, Ch., 1967. En *Bibliothek und Wissenschaft*, 4, pp.173-174.
- Salem, S., 1991. En *Information Development*, 7, pp.70-71.
- Stubbings, H.U., 1992. Blitzkrieg and books. Bloomington: n.d.
- Tellegen, B.D.H., 1953. De Provinciale Bibliotheek van Zeeland. N.d.
- The National Library in Warsaw, 1974. Warsaw, n.d., p.1.
- Ting, L.H., 1983. Library services in the People's Republic of China. En *Library Quarterly*, 53, pp.134-160.
- Twiss, T., 2003. Damage to Palestinian Libraries and Archives during the Spring of 2002. ALA International Responsibilities Task Force, n.d.
- Vanderheijden, J.F., 1946. En *Library Journal*, 71, pp.636-638.
- Zivny, L.J., 1946. En *Library Journal*, 71, pp.877-878.